ALGUNOS BASAMENTOS DE LA INTEGRACION CIVIL-MILITAR EN CHILE

José M. Piuzzi[i]
Teniente Coronel de Ejército

Introducción

El tema de la integración civil-militar se suele circunscribir a las relaciones cívico-militares, y más aún a las relaciones institucionales dentro del aparato del Estado. Semejante enfoque, recurrente en algunos analistas, ha hecho que la realidad de una integración civil-militar en la sociedad chilena, a nuestro juicio bastante satisfactoria a través de la historia, se soslaye por un análisis coyuntural de la situación política.

Esta manera de enfocar la cuestión ha sido anticipada por los estudios politológicos de décadas anteriores, los cuales -en su afán por hallar similitudes en las relaciones cívico-militares de los países latinoamericanos- pasaron por alto la singularidad del caso chileno. Es más, en oportunidades se ha tratado de presentar una realidad caracterizada por un aislamiento, sin considerar las diferencias notables con otras realidades, como por ejemplo la española, donde durante el presente siglo gran parte de la oficialidad ha provenido de familias directamente vinculadas a la profesión militar (aproximadamente un 70%, contra un 24% en el caso de Chile), muchos de ellos formados desde su niñez en colegios para hijos de militares, o bien donde -según Busquets, en "El militar de carrera en España"-, el nivel de "endogamia social" es muy alto.

De acuerdo a nuestra tesis, la particularidad de la integración civil-militar en Chile excede, y largamente, el ámbito de lo político-ideológico como a veces se quiere considerar, y presenta aspectos muy favorables para una adecuada relación entre civiles y militares. Como ejemplo de lo dicho, el reciente mapa de las fronteras interiores, elaborado por el Ejército y entregado al gobierno, va más allá de una estrecha concepción de un rol de defensa territorial asociado a lo estratégico y muestra en su mayor extensión una acción orientada a la articulación del territorio, que entra de lleno en la función militar vinculada a la soberanía y desarrollo nacional y al tema de la integración civil-militar.

Valorización de la función defensa a través de la historia

Este es quizás uno de los rasgos más recurrentes. En su "Ensayo histórico sobre la noción del Estado de Chile", próximo a concluir sus páginas, el historiador Mario Góngora desliza su convicción que el tamaño del Estado tiene un límite impasable. Este es la defensa del territorio frente a los países limítrofes. Es un deber, dice, más allá de todo cálculo económico y de toda ideología individualista. Estas reflexiones indican lo que ya es un tópico de nuestra vida republicana; que la fisonomía e integridad del Estado de Chile está ligada estrechamente a sus fuerzas armadas y que ello es una situación comprendida por la civilidad y siempre actualizada en relación a potenciales conflictos limítrofes.

Todo demuestra que la conciencia de defensa y la valorización que se otorga a la función defensa se constituye en uno de los basamentos de la integración civil-militar de Chile.

El carácter militar de la sociedad chilena fue constante entre los siglos XVI y XIX, y especialmente intenso cercano a Concepción. Chile es el "Flandes Indiano", el cementerio de la "flor de mis guzmanes". El cronista Góngora de Marmolejo habla del territorio como de la "vaina de una espada". La vida del país se asemeja, sobre todo en los primeros siglos, a un largo campamento militar cuyo destino es la Araucanía. Tras el Desastre de Curalaba (1598), se constituye un Ejército profesional en 1603, que

tiene como cabeza al destacado militar don Alonso de Ribera.

Entre el siglo XVI y primeros años del XIX, la función defensa va a centrar su quehacer frente alzamientos indígenas (y en realidad a las formas más diluidas del conflicto: malones y malocas) y por las tentativas de anexión territorial o de saqueo de Gran Bretaña y Holanda. Ello da origen al circuito defensivo de Valdivia, quizás uno de los más logrados en la costa del Pacífico. Aunque la independencia trastorna el objetivo de esa defensa, se inicia un período donde sucesivamente huasos y militares, hacendados e inquilinos intercambian roles de paz y de guerra. Tras la batalla de Maipú y luego de materializarse las primeras medidas del Director Supremo Bernardo O'Higgins tendientes a formar un Ejército nacional, y superar por ende el tránsito expedito del estado civil al militar, el país debe emprender la Expedición Libertadora al Perú; años más tarde se produce la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, la que trajo consigo una nueva movilización de sectores importantes de la población, especialmente de las principales ciudades. Superado este conflicto internacional, la función defensa se orienta nuevamente a tratar de consolidar el territorio nacional, debiendo enfrentar la "Guerra a Muerte", que aunque vuelve a generar un foco de tensión en el sur, va limitándose y extinguiendo en términos de conflictividad. Por ello algunos autores (Luz María Méndez, Sergio Villalobos) han hablado hacia fines del siglo de la Araucanía como frontera de paz, y lejos del sesgo heroico, con un trasfondo de tierra sin ley, dominio del contrabando, el mestizaje y la marginalidad.

La conformación de la República fortalece la función defensa. En efecto, el Ejército de Chile se constituye en uno de los brazos más articulados del Estado. De sus filas surgen mandatarios, ministros, consejeros de Estado y parlamentarios. Los generales Prieto y Bulnes son buenos representantes de ello, y no son figuras aisladas.

Sin duda la guerra del Pacífico, entre 1879 y 1884, es decisiva en la formación de una conciencia nacional con una impronta militar. Después de años de vida independiente se consolida un sentimiento de patria donde la importancia de la función defensa es fundamental. Además, durante esos años aparece nítida la posibilidad de una guerra contra Argentina, que sólo viene a menguarse con los Pactos de Mayo de 1902.

Pero las experiencias de la Guerra del Pacífico, sumadas a la inquietud profesional de la oficialidad chilena, producen -en una institución que vencedora bien pudo haber sacralizado sus modelos- la sustitución de la influencia francesa por la prusiana. No sólo por la derrota de Francia ante Prusia en 1870, sino y principalmente por la convicción profesional que el Ejército chileno había mostrado ciertas limitaciones en la Guerra del Pacífico que debían ser solucionadas. Llega una misión prusiana y la oficialidad chilena pone su atención en ese modelo que se consolida a partir de 1896.

En todo ese período la función defensa no pierde en modo alguno su importancia, y más aún se acrecienta. Eso explica por qué el Ejército impulsa la conscripción obligatoria e interviene de forma decisiva en la renovación del material bélico. La expectativa de conflictos vecinales se mantiene muy activa en los primeros 30 años del siglo XX, y de ella es principal depositaria la Armada que hacia la Primera Guerra Mundial es una de las más fuertes del mundo.

Ciertamente que numerosos hechos políticos tendieron a enturbiar el consenso nacional respecto de la variable analizada. En relación al prestigio militar, situaciones tales como la revolución de 1891, la campaña electoral de 1924, y otros acontecidos hasta 1932 produjeron alteraciones en la predisposición en la élite política frente a las necesidades institucionales. Pero la función defensa siguió siendo una variable popular, que calaba profundamente en el pueblo y que se vinculaba además a programas

de alfabetización. Los hechos posteriores, si bien relativizaron la capacidad del Ejército por crecientes problemas presupuestarios y de material, derivados en parte por el cambio de patrón de abastecimiento (Estados Unidos por Alemania) en los años 40, no disminuyeron la percepción del rol del Ejército en la defensa del país. Entre los 50 y 70, el material se mantuvo en un nivel quizás insuficiente, decayó notoriamente hacia 1969 -con consecuencias negativas para la disciplina y cohesión interna-, si bien nunca dejó de valorizarse la función defensa en situaciones de tensión regional. La última en los años 1978 y 1979 a raíz de la negativa argentina frente al laudo arbitral de la Reina Isabel II, respecto del Canal de Beagle, y con ocasión del simbólico centenario de la Guerra del Pacífico.

La situación geográfica

El tema de la integración no sólo puede tomarse en términos castrenses, menos si el relieve y el clima del país fuerzan a su presencia frente a terremotos, inundaciones y sequías. Normalmente, y nos hemos acostumbrado a ello, pero no reflexionamos, el Ejército se convierte en el instrumento más efectivo de la acción del Estado.

Tal papel no ha sido autoasignado, pero emerge del cálculo realista que el Ejército posee una dispersión y movilidad acorde al desafío. La institución ha ido agrandando su presencia en las regiones y paisajes de Chile, hasta constituirse en un ente articulador. De ese modo la presencia del Ejército impone la del Estado y genera una homogeneidad desde el Norte al Sur, y del mar a la cordillera. Estas fases, que no por retóricas carecen de contenido, se pueden ejemplificar en mapas que nos demuestran que el Ejército se ha expandido del núcleo central a los extremos, y que el establecimiento de sus unidades ha sido percibido asimismo como un factor de identidad en distintas épocas y circunstancias. Además, la distribución de la institución pone en contacto a su personal con habitantes de todas las regiones del país.

Ciertamente que este hecho está acicateado por la lejanía del territorio y su fragmentación más aún cuando el mismo estaba sometido hace 100 años por ejemplo, mucho más al imperio del clima y del relieve. Por ello la labor del Ejército en tareas tales como la ocupación efectiva del extremo Sur (Punta Arenas, Porvenir, Antártida), tareas de infraestructura como puentes, caminos y últimamente la Carretera Austral; las labores de apoyo -ejemplificadas en el Instituto Geográfico Militar-, la colaboración en desastre, conforman una tarea de "fronteras interiores" cuya magnitud militar y el medio físico confluyen en la sociedad militar en una determinada forma. A pesar de ser mencionada en muchos trabajos, en realidad su estudio sistemático ha sido más bien escaso, exceptuando en ello a Hernán Godoy (El carácter chileno), Rolando Mellafe (El acontecer infausto en el carácter chileno) y el P. Gabriel Guarda O.S.B. (Influencia militar en las ciudades del Reino de Chile). No se trata, para ello, de establecer una apreciación de la realidad actual, sino la percepción que primó en el siglo pasado y parte del presente, como resultado de las experiencias colectivas y el marco de relaciones. Para el chileno decimonónico la afirmación que la situación geográfica de Chile era precaria era un axioma indiscutido, pues la sensación de amenaza acrecienta la solidaridad. En este sentido, y lejos de todo determinismo, hay que recordar a J. Rummey, J. Maier y R. D. Stack, quienes hacen hincapié en que las descripciones geográficas proporcionan ideas de las limitaciones, y que ellas explican ciertas predilecciones en la sociedad.

La primera y más evidente es que Chile está situado al margen de los circuitos habituales. Por algo los aymarás hablaban de "chilli", "donde se termina el mundo" y los españoles del Finis Terrae, "del fin de la tierra", postrera lengua de tierra sumida en la inmensidad del océano y los perfiles sólo insinuados del polo Sur. El antemural de la tierra que vertida sobre el mar se confunde con los elementos y hace empalidecer todo esfuerzo humano.

Esta ubicación excéntrica explica el aislamiento chileno y la conformación de una sociedad insular, que apenas hoy con la televisión y las telecomunicaciones empieza a ceder. El desierto, la cordillera y el mar constituyen los elementos de esa incomunicación. Esa sensación, además, se fortalece en la adversidad de la que la naturaleza ha sido pródiga. Terremotos, sequías, pestes, inundaciones se conciertan para alimentar un sentido existencial infausto en el chileno, que reemplaza la previsión por la voluntad. Por algo una poetisa caracterizó a Chile como la "voluntad de ser". La adversidad es, pues, un elemento constante en la relación hombre-naturaleza que ha influido significativamente en la integración civil-militar.

Situación estratégica

Respecto de la situación estratégica conviene hacer presente que cuando nos referimos a ella lo hacemos de manera restringida en una doble dimensión: la primera, referida a la defensa del territorio, y junto con ella, la percepción generalizada de las dificultades que enfrenta dicha defensa. La otra dimensión se enmarca en el problema estratégico desde una perspectiva vecinal y a las amenazas que han estado presentes a partir del siglo XIX.

Durante los siglos XVI al XIX la posición de Chile era el antemural del Virreinato de Lima. Bajo esta premisa su pérdida presidiría la de la región. "Era un axioma -dice Gabriel Guarda O.S.B.- que cualquier intento contra Lima exigía previamente la ocupación de Chile y el programa figuró con frecuencia en los gabinetes de la corte inglesa, holandesa o francesa". Pero la fortificación de Chile por esta razón, que explica la sangría de recursos para su sostenimiento en la forma del Real Situado, es un complemento a la lucha constante con el mapuche. Esta lucha influye en un hecho tan específico -según los estudios del Padre Guarda- como que un 50% de las poblaciones que se levantan en Chile durante la dominación española son fortificadas, y de ellas la totalidad de las fundadas en el siglo XVI y las edificadas con posterioridad en la zona de conflicto.

La emergencia de la guerra, lejos de ser temporal se vuelve prolongada, y aunque no siempre adopta el carácter de hecho consumado, se mantiene potencial, distrayendo energías y recursos. La Guerra de Independencia, la Expedición Libertadora al Perú, la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, la Guerra del Pacífico y otras tantas emergencias vecinales, permite -no sólo a los militares- dimensionar las dificultades de su particular situación vecinal. Sumada a su especial geografía (forma, extensión, escasa profundidad) y a su condición geográfica esencial (una costa de 4.270 Kms. en territorio continental), crean una situación estratégica muy particular, con aspectos negativos tanto desde el punto de vista de la defensa del territorio nacional como de la estabilidad de sus relaciones vecinales, que tanto el General Jorge Boonen Ribera (Ensayo sobre geografía militar de Chile) como el Capitán General Augusto Pinochet Ugarte (Síntesis geográfica de Chile, Argentina, Bolivia y Perú) analizaron en su oportunidad.

De hecho, el balance de esos conflictos ha impactado muy notablemente a la sociedad chilena. De sus resoluciones emerge una autopercepción muy favorable de su capacidad militar, y de la cohesión nacional frente a esos desafíos. Lo primero, por la desproporción constante de sus recursos frente a los otros, y lo segundo, por el respaldo civil al esfuerzo disuasor o defensivo, que contribuye a un intercambio fluido de expectativas entre civiles y militares en la sociedad chilena. La guerra, más allá de otras consideraciones, constituye un factor de unidad en la mejoría colectiva como se desprende de cualquier revisión periodística que rememore las fechas patrias. Pero, también está presente una evaluación muy realista de la difícil situación estratégica que enfrenta el país. La defensa de un territorio tan especial como el nuestro, es uno de los pocos casos que exige hasta el límite una combinación de conocimiento, creatividad y arrojo. La situación estratégica de

Chile, por mucho que las condiciones políticas y diplomáticas regionales (que no son resorte del Ejército) puedan diluir su urgencia, ha sido un factor importante de integración social que no puede ser reducido sólo a las guerras, toda vez que integra la percepción de una situación precaria y obliga a repensar el factor militar en uno es a tres más allá de toda otra consideración.

La identidad militar

El cuerpo de oficiales de Chile presenta, especialmente en el período republicano, determinadas características que facilitan la integración social. Esto se refrenda con un análisis de diversas promociones de oficiales. Este revela que su origen social, siendo diverso, tiene un neto predominio de clase media.

Según mediciones que efectuamos a partir del archivo de la Escuela Militar entre 1901 y 1971 la distribución geográfica de los cadetes reveló una distribución proporcional a la importancia demográfica de las regiones. Así la Región Metropolitana representaba el 29,69% del total en 1921, y en 1931 el 51,52% y le seguían las regiones IV, V y VIII. Entre 1941 y 1971 los porcentajes en favor de la RM se decantan entre un 22,08% (1941) a un 30,3% (1971). El resto de las regiones sigue la importancia numérica y además se concentra en las ciudades cabeceras de provincia. En esos mismos años los hijos de militares correspondían al 15,6% (1921) y al 21,2% en 1931. Cuarenta años después, la tendencia se mantenía relativamente estable y los hijos de militares alcanzaban el 24,6% (1941); 22,3% (1951); 21,8% (1961), y 16,1% (1971). En la actividad de los padres para el período 1921 y 1931 destacan la de empleados particulares que alcanzan el 18,7 y 21,2%; empleados públicos el 21,8 y el 9%; comerciantes, que suben del 4,6% al 27,2%; industriales evolucionan del 9,3 al 7,5% y los agricultores de un 14,0 y a un 12,1%. Otro aspecto que refrenda lo dicho es el colegio de ingreso. En 1930 de 175 aceptados, 106 provienen de liceo fiscal, 63 de colegio particular, y 6 de instituto técnico. En 1935 de 192, se distribuyen en 90 (fiscal), 92 (particular) y 10 (técnico), y en 1940 -de un total de 170-, en 72 (fiscal), 90 (particular) y 8 (técnico). Bajo el rubro colegios particulares es necesario englobar no sólo a los tradicionales católicos pagados, sino también un importante porcentaje de católicos subvencionados.

Por lo demás estas conclusiones no son diferentes a las que ha llegado Sergio Vergara en su Historia Social del Ejército de Chile, pues para el siglo XIX reconoce una distribución proporcional de la oficialidad: un segmento muy minoritario de grupos oligárquicos de connotación nacional (5%), otro muy amplio de grupos medios deslizados entre las familias "distinguidas" de provincias (34%) y el rango medio-medio (32%), y un fragmento del 5% para grupos sociales bajos. Ello sin considerar el 20% sin información y un 4% de extranjeros no asimilables. Incluso a comienzos de la República la carrera militar tenía gran dependencia con elementos claramente populares, que se explicaban por el trabajoso ascenso de sargentos a subtenientes. Pero esa importancia se pierde debido a la profesionalización de la actividad, pues en esa primera época -dice Vergara Quiroz- se trataba de privilegiar "la gran experiencia empírica de los oficiales, hombres formados más bien en terreno". Además, el hecho que por mucho tiempo la Escuela Militar ha impartido los últimos años de enseñanza media -o humanidades en su momento- tiende a una maduración valórica generacional en sus educandos. Todo el proceso de integración se refuerza por el hecho que a diferencia de otros países -y salvo 1891- la única vía de ingreso al Ejército para los oficiales de armas ha sido la Escuela Militar, cuyos programas de estudios humanísticos han sido similares y equivalentes a los de la enseñanza civil. Por otro lado, contra la creencia predominante, en el siglo XX la mayoría de sus integrantes provienen de familias civiles, y no militares, y socialmente se pueden adscribir a las capas medias del país. Ello marca diferencias notables respecto de Argentina, donde se conforma una oficialidad claramente orientada o vinculada a la clase alta, y con Perú, donde la

oficialidad proviene de puntos geográficos excéntricos a los centros urbanos. Pero la identidad militar no se restringe al cuerpo de oficiales: ya sean suboficiales o clases, lo predominante es una cohesión y una "doctrina" institucional muy fuerte. Ella ha impregnado la autovalorización del militar en términos de prestigio institucional y no particular. Es decir, como parte de un engranaje. Es el honor de servir a la patria, de servir al Estado, que a su vez es producto de esa intención de ser factor de legalidad y de eficiencia que promueve el Estado.

Quizás esto quede más claro si se reflexiona que la profesionalización del Ejército actúa como una delimitación de las funciones de la oligarquía tras la independencia y en cierta medida (en las milicias vecinales) durante la Colonia. El Ejército y la oligarquía no pueden ser considerados términos equivalentes (lo que se podría decir en cierto aspecto respecto de la Iglesia y el Ejército, al menos para el período previo a 1925). De allí emerge, pues, el sentimiento de autovaloración militar, y que no siempre se compadece con los medios entregados. En diferentes épocas las necesidades cubiertas al Ejército estaban tan mediocremente satisfechas como las sociales, y en consecuencia, la identidad militar tendía a una mayor convergencia con las capas medias del país.

En todo caso, y más allá de otras connotaciones que se puedan dar al hecho que la mentalidad militar tiene sociológicamente un cierto ordenamiento, jerárquico y normativo, la identidad militar actúa como un factor de integración al estar sustentado sobre un eje social amplio, de origen civil-no militar, representativo geográficamente del territorio de la República, y coherente con los valores socialmente aceptados. Ello otorga al grupo militar una identidad institucional que no surge de manera endogámica o genética, sino que se reproduce transversalmente en los contingentes a través de una disciplina y mística común. Finalmente, es preciso acotar que el flujo continuo producido por la integración militar es representativo de la sociedad en la que sirve. Ello es particularmente importante si se entiende que la integración civil-militar es más que la relación cívico-militar, pues atiende un ámbito social mayor. En una sociedad con un origen bien preciso aunque nuevo -el dado por su impronta Cristiana Católica Occidental-, donde existe homogeneidad racial y donde no predomina ningún grupo territorial específico, y que comparte su sesgo urbano, en esa sociedad, decimos, el Ejército comporta ciertos grados de identidad que están insertos en la visión profunda de la patria y de la sociedad. Por decirlo así, los valores comunes de la sociedad, y en especial los asumidos por la clase media, con su inherente tendencia a la modernización, son "disciplinados" y puestos al servicio de ese Estado y del proyecto profundo que le rige. En ese caso se puede pues advertir que el Ejército sigue ejerciendo el mismo rol de cohesión social que ya jugó en tiempos de la Colonia al preservar el intento conquistador tras Curalaba, y luego el republicano, al respaldar la constitución de un Estado nacional. Volviendo a nuestra preocupación inicial, respecto de los basamentos de la integración civil-militar en Chile, podríamos sugerir que la identificación de los factores que influyen en ésta, proporcionan la certeza suficiente para llegar a la conclusión que la integración social ha sido satisfactoria, y en varios casos mejor que la surgida entre otros grupos sociales. Por otra parte, y toda vez que es un tema controvertido el de la integración civil-militar, creemos que la consideración de estos basamentos contribuye a establecer los términos adecuados para una comprensión serena de su realidad, al margen de los tópicos y generalizaciones indebidas. Así, las variadas formas de integración que se materializan en la actualidad, y que son coherentes con las del pasado, tienen a futuro abiertas grandes posibilidades dentro del contexto de las funciones que les corresponde a las instituciones armadas.

1. El autor es Doctor en Sociología y Profesor en la Academia de Guerra del Ejército.